

1. Clases sin aula

Uno lanza un libro al mundo como dando una gran voz en la oscuridad, como extendiendo un brazo a través de la penumbra. Alguien, puede que una multitud difícil de contar, reconocerá esa voz y sentirá deseos de clamar con ella; notará la palpitación de la mano y la asirá con firmeza. Pero el autor sabrá, en muy pocas ocasiones, de quienes van andando por la ruta de la vida ayudándose de su voz y de su brazo.

JORGE G. ARANGUREN

En segundo de Bachillerato, les había tocado el mismo profesor de literatura que el curso anterior. Ignacio y Catalin no conocían su nombre. Para ellos era el Profe de Lite. Y lo adoraban por su manera de enseñar, de hablar, de tratar a la gente y, sobre todo, por su pasión por los libros y su modo de contagiar las ganas de leer. El leer había sido el objetivo primordial del curso pasado dejándose llevar hacia los libros que propusiera. En este nuevo curso, había que subir un escalón más: iba a enseñarles a elegir qué leer para luego invitarles a escribir desde lo que cada cual hubiera leído. Y nada de exámenes.

Al entrar a clase el primer día, sin ni siquiera saludar ni pasar lista, hizo lo que solía hacer siempre a modo de presentación. Escribió una frase en la pizarra:

¿Leer o elegir?

Y se respondió él mismo:

—Breve y clara respuesta: leer antes, elegir después. Importa aprender a leer primero para saber elegir más tarde. Leer no sólo el alfabeto de los manuales, sino el alfabeto moral y social de la vida, el alfabeto de vosotros mismos. Y cuando sepamos leer esto, sabremos entender cuanto nos dicen los manifiestos electorales, sabremos leer el espíritu de los sucesos y de los nuestros semejantes, aislar las mentiras de los hechos verdaderos, tamizar lo bueno. Así pues, primero leer, después elegir.

La clase entera parecía haberse quedado congelada ante aquella primera bocanada de aire gélido. Como si el que hablaba fuera un desconocido fugado de algún libro.

—La mayoría de vosotros —prosiguió— ya sabéis leer. En este caso sólo necesitáis que os diga de quién he tomado prestadas estas palabras. Siempre es conveniente reconocer al propietario de las palabras, aunque al final nos pertenezcan a todos. Estas son de Renzo Boccardi, un ilustre italiano que ha dedicado buena parte de su vida a las bibliotecas públicas, además de combatir en la Primera Guerra Mundial y ser elegido alcalde de la ciudad piamontesa de Intra, junto al lago Maggiore. Volcado en la cultura y la política de su ciudad natal, ocupó diversos cargos públicos hasta que los abandonó con la llegada del gobierno fascista. En definitiva, fue un hombre comprometido con su entorno.

Podía haber añadido que lo conoció ya muy mayor en sus tiempos de estudiante en Milán, pero prefirió evitarlo. Como evitaba hablar de su frustrado proyecto de viaje por la geografía vasca de los grandes escritores. Algo que Ignacio y Catalin conocían muy bien por haber sido

parte del reducido grupo de estudiantes que lo acompañó en aquellas excursiones de los fines de semana en abril el curso pasado. «A Madrid ni agua», había sentenciado la consejera de educación de turno cuando el itinerario estaba prácticamente acabado y ya sólo quedaba enviarlo al programa de *Viajes Literarios* que el Ministerio de Educación había promovido para favorecer los intercambios escolares por las diversas comunidades autónomas. Según el Profe de Lite les había explicado, era una suerte de viaje por los escenarios en que se habían movido Unamuno, Gabriel Aresti, Ángela Figuera, Pío Baroja, Luis Martín Santos, Ramiro de Maeztu, Ernestina de Champurcy, Ignacio Aldecoa, el fabulista Samaniego y algunos vascos más, y que luego alumnos de otras comunidades vendrían a conocer a cambio de que bachilleres de su instituto viajaran con él al Madrid de Galdós, al Maresme de Josep Pla, a la Castilla de Delibes o a la Sevilla de Bécquer y Machado, donde correspondiera a cada grupo tras un sorteo estatal. Pero no fue posible porque la consejería vasca de educación inexplicablemente lo vetó de un plumazo. A pesar de ello, un reducido grupo de voluntarios de primero se apuntaron a viajar por la literatura del País Vasco. Catalin e Ignacio se habían inscrito y, a la postre, aquellas excursiones les resultaron las clases de literatura más atractivas y sugerentes. Pero nunca volvió a hablarse de ello. Era tema tabú en el instituto, porque hubo padres y profesores que no lo vieron bien y alumnos que consideraban a los viajeros como a privilegiados. Y eso que se costearon los gastos del viaje con lo que el resto del curso se habían pagado el suyo de fin de curso a Palma de Mallorca. Unos cursos atrás, Ignacio y Catalin habían leído

en segundo de ESO *El aula voladora*, de Erick Kansner. Y aquella fue una de las primeras diferencias con buena parte de su grupo de BUP. Era un libro gamberro, tenían esa impresión, pero lo que contaba había calado en su manera de sentir la escuela. Seguramente por eso se apuntaron a los cuatro viajes de fines de semana del pasado curso. Por eso y porque el Profe de Lite era un semi-diós para ellos. Un cómplice de libros ajenos muchos de ellos al programa de académico. Un guía por los senderos discrecionales de la literatura que los iba invitando en el trayecto a elegir qué escribir después de haber leído.

El resto de materias del primer día de clase de Segundo transcurrió como cabía esperar. Presentación de profesores y de profesoras que, si eran nuevos, se extendían en remarcar sus planes e intenciones, en pasar lista y tratar de caer bien. Y si no, en recordar alguna que otra chanza del curso anterior, recalcar la importancia de actitudes y procedimientos y advertir que, al terminar el curso, los esperaba la Universidad, tras superar la Selectividad, como si se tratara del fiero Cancerbero que ponía a cada cual en su sitio. Fue la primera chanza de clase de latín, porque lo que para la mayoría era el portero de un equipo de fútbol al que había que golear, sólo algunos sabían que se refería a un perro mitológico del dios del inframundo, encargado de no dejar pasar más que a los que él quisiera. Un monstruo de tres cabezas al que sólo Hércules había logrado vencer después de derrotar a los centauros, que son cada materia de este curso, les dijo el viejo profesor.

—¡Pues vaya ánimos que nos da! —se oyó decir a alguien, y eso provocó la primera carcajada del curso.